

## Historia. Física y Política de Chile

Hombres marcantes de la revolución:  
Juan Martínez de Rosas, José Antonio  
Prieto, Bernardo O'Higgins, Manuel  
de Salas, etc.

SI CARRASCO hubiese sido encargado del Gobierno de Chile en una época algo anterior, es decir, cuando la América, desprovista de todo espíritu público, se hallaba aún sumergida en el anonadamiento de intereses puramente materiales, es probable que con su carácter apacible y humano hubiese podido terminar su carrera administrativa con la paz y tranquilidad que caracterizaban en tan alto grado a los diferentes estados de aquel nuevo mundo; pero, por desgracia, le había caído en suerte un período mucho más difícil y turbulento, a saber, el de aquellos grandes acontecimientos que trastornan toda sociedad, dándole una dirección enteramente desconocida.

Las dos violentas revoluciones de Francia y de los Estados Unidos habían dislocado, como ya se ha dicho, los tronos absolutos de la antigua Europa, y habían despertado los ánimos mostrándoles la importancia de los derechos y de la dignidad de pueblos por tantos años envilecidos. Este movimiento político-social propagó sus causas secretas, e inició en ellas a las Américas, en donde, ya hacía algún tiempo, se manifestaban ideas liberales, atrevidas y de naturaleza que inquietaba al espíritu meticuloso de los gobernadores y de todos los que tenían apego a la monarquía española.

Una sorda agitación empezaba a comunicarse a todas las colonias. Se oían opiniones enteramente extrañas al país, expresadas sin rebozo, por manera que se puede asegurar que si Nueva Granada fue la primera que levantó el estandarte de la insurrección, no hizo realmente más que preceder el movimiento espontáneo que iba a poner en problema la vida o la muerte de aquel vasto continente, su nueva servidumbre o su emancipación.

¡A Chile le fue extraño este ruido, aún confuso, de reforma, ni fue uno de los úl-

timos a adherir a ella. Aunque muy atrasado, en puntos de instrucción y de derecho, poseía, sin embargo, algunas cabezas privilegiadas que no tardaron en identificarse con aquellas benéficas ideas y se apresuraron a esparcir las y cultivarlas. La provincia de Concepción fue donde se empezó a notar la agitación de los espíritus, y allí también se produjo el principal fermento simbólico de la libertad, el cual se alzó y creció a influjo de don Juan Martínez de Rosas, que puede ser mirado como alma de aquella grande revolución.

Nacido en Mendoza de padres bastante ricos, Martínez de Rosas había ido a Córdoba a estudiar, y había pasado a terminar su carrera en Santiago, en donde se recibió de bachiller y de doctor en leyes. Poco tiempo después, fue a establecerse en la ciudad de Concepción, y por sus grandes conocimientos, el intendente le nombró su asesor, empleo muy delicado que le ocasionaba continuamente choques con los enemigos del buen orden y de la justicia, y que, no obstante, supo desempeñar con una habilidad consumada. Afectó a la provincia que había adoptado por inclinación natural y por deber, procuró serle útil dirigiendo sus miras y su autoridad a objetos de primera necesidad. La limpieza de la ciudad fue uno de sus principales y constantes cuidados, y así consiguió desterrar la insalubridad de su clima secando las lagunas que la avecindaban. También contribuyó mucho a poner los caminos en buen estado.

Pero en lo que se distinguió sobremedera fue en la guerra que declaró a los ladrones que infestaban aquella provincia, y que por su perseverancia y energía consiguió aniquilar o expulsar. Su estatura alta y robusta le constituía atleta de la justicia antes de serlo de la libertad pública. Su cabeza, proporcionada a su cuerpo, era grande; su rostro, expresivo y blanco, respiraba una extremada animación, debida a la mucha viveza de sus ojos, que parecían siempre irritados; de suerte que su mirar no tenía nada de halagüeño, y, en efecto, era rígido, austero, y anunciaba una fuerza y una voluntad, relevadas también por la voz

sonora, verdadero trueno, con que la naturaleza lo había dotado. Su carácter afable y sensible daba, no obstante, un desmentido a este exterior, y le valió la simpatía de una de las más ricas y más recomendables familias de la ciudad, y, a consecuencia, la de la señorita doña María de las Nieves Mendiburu, con quien tuvo la dicha de casarse.

Este casamiento y la reputación de hombre de tanto mérito le hicieron consejero confidencial de una numerosa parentela, rica y poderosa, cuyos miembros procuró iniciar en sus sueños de glorioso porvenir, inculcándoles sus ideas, y demostrándoles cuán absurda e injusta era la administración española; en una palabra, haciendo cuanto podía para comunicarles el genio revolucionario que le devoraba. Además de éstos, otros muchos sujetos habían también adoptado las ideas luminosas de aquel gallardo americano, y se habían confiado con celo y perseverancia a la suerte política que él les profetizaba<sup>1</sup>. Siempre le acompañaban a paseo, iban a sus tertulias y oían con gusto y satisfacción las felices profecías que su profunda penetración le dictaba acerca de la regeneración de su hermoso país.

Entre estos sujetos, figuraba el joven José Antonio Prieto, abogado muy hábil, y fuertemente imbuido de las ideas de aquella época. Su imaginación viva y fecunda le hacía olvidar muchas veces las máximas de la prudencia, y se mostraba intolerable en sus opiniones, aun delante de empleados los más disimulados. A pesar de los avisos del intendente, no tenía reparo en hablar públicamente de la decadencia del poder español, y, más de una vez, se expuso a ser desterrado a la isla de Juan Fernández, debiendo el no haberlo sido al grande influjo de su familia. Sus primeras ideas le habían venido de don Juan Rosas, y las exageraba con exaltación; pero a la arribada del *Guampu* fue encargado de la defensa de aquel buque anglo-americano, apresado como contrabandista, y este negocio lo puso en relación con el sobrecargo Hoevel, que se hizo uno de sus más íntimos amigos. Esta amistad no sólo fue debida al carácter fran-

co y social de aquel estimable sueco, sino también a la conformidad de opiniones y principios de los dos nuevos amigos. La mansión que había hecho Hoevel en la cuna de la libertad le había dado una idea exacta de aquel gobierno democrático, y se complacía en instruir a su joven amigo, que cada día se mostraba más atento a sus lecciones, porque cada día se aumentaba el interés de sus conversaciones, sumamente instructivas. Estas conversaciones se componían de preguntas de Prieto y de respuestas claras y convincentes de su preceptor, preguntas y respuestas de las cuales resultaban para ellos presentimientos felices para aquel rico país, que, en la previsión de Hoevel, iba a ser su segunda patria.

Desgraciadamente, no quiso la Providencia que aquel joven chileno pusiese en práctica los principios de filosofía social, muy bien meditados por él, y estudiados, además, en el Contrato Social de Rousseau, que su amigo le había dado con mucho sigilo; atormentado, ya mucho tiempo por una enfermedad complicada, y que parecía incurable, se vio obligado a ir a buscar fuera de su clima natal su salud, tan interesante para su patria. Su digno hermano don Joaquín Prieto, que acababa de llegar de un largo viaje a Pampas y a Buenos Aires, hecho bajo la conducta del general Cruz, se fue a reunir con él en Piura, y le halló en un estado desesperanzado, pero siempre imbuido de sus ideas de una suerte risueña, invectivando, en el delirio, a la despótica España, y regocijándose con los últimos acontecimientos revolucionarios que acababan de estallar en Quito, y que él consideraba como preludio de la grande regeneración, con que soñaba continuamente, después de tanto tiempo.

Más, a pocos días le abandonó su hermosa alma entre los brazos de su hermano, el cual recibió sus últimas inspiraciones, y se sirvió de ellas para tomar una parte tan activa como brillante en todas las guerras de la independencia y llenar una de las más bellas páginas de su historia, con la felicidad de hallarse a la cabeza de una administración, gracias a la que el país se vio verdaderamente constituido, cortando de raíz las cabezas de la hidra de la anarquía.

Otro personaje que tomó una parte infinita en aquella revolución, y que contribuyó más que nadie a llevarla a buen fin, fue don Bernardo O'Higgins, hijo del ilustre presidente de este nombre con que

<sup>1</sup>Es notorio que para la seducción, perdición y ruina de la ciudad y provincia de Concepción, contribuyó mucho la doctrina impía del doctor Rosas a una partida de jóvenes de distinción de dicha ciudad, que se juntaban en su casa con el objeto de instruirse, y esparcían aquellas semillas entre sus amigos y compañeros." *Informe de Fr. Juan Ramón sobre las causas de la revolución de Chile.* Mss.

se honra Chile, y que, por sus eminentes cualidades, se elevó de la nada a la alta dignidad de virrey del Perú. Enviado muy joven a Inglaterra para adquirir una instrucción sólida, estrechó amistad con algunos americanos que, por sus ideas demasiado liberales, habían sido desterrados de su país natal, o habían ido a la capital británica para interesar aquellos ministros en su causa. Miranda, que era uno de los principales jefes de ella, se había prendado de la exactitud y precisión con que expresaba sus opiniones, y lo había recibido en su más íntima sociedad, porque preveía que sería un celoso partidario de la libertad americana, y uno de sus más acérrimos defensores. Siendo, como era, hombre experimentado, Miranda procuraba trazarle un plan de conducta, dándole consejos sabios y prudentes, que más parecían máximas de un diplomático consumado que de un caudillo militar.

De Londres, O'Higgins pasó a España, y, en Cádiz, fue miembro del club americano, en donde se trataba seriamente de la emancipación del Nuevo Mundo, y, gracias a su exactitud en asistir a él, adquirió nociones sumamente justas sobre los derechos del hombre, y sobre todas las ideas de libertad esparcidas ya por una gran parte de la Europa, ideas que importó a su propio país.

Su mansión en la provincia de Concepción le daba ocasiones frecuentes de ver y hablar a Rosas, y, en sus conversaciones, discutían sobre los medios más convenientes para hacer entrar al pueblo por las innovaciones a que aspiraban; porque en razón de las luces que tenían uno y otro, de su rango, podían prometerse felices resultados, aun cuando sus intentos fuesen contrarrestados por la influencia del ejército, escalonado por toda la frontera, y enteramente adicto a la monarquía. El entusiasmo de O'Higgins era tal, que tuvo la paciencia de traducir la constitución inglesa, como también los comentarios que habían sido hechos sobre ella, y mandó sacar muchas copias para darlas a sus amigos, que deseaban, tanto como él, que se esparciesen por todas partes aquellos rayos de luz, tan propios a regenerar la sociedad. En fin, para no omitir nada de cuanto podía favorecer su generoso pensamiento, seguía una correspondencia tirada con Santiago, y escribía, a menudo, a Buenos Aires, en donde se había formado un gran club bastante semejante al de Cádiz.

Mientras que los patriotas del Sur trabajaban así bajo de mano en propagar una idea que ellos mismos habían de proclamar a su tiempo, sosteniéndola con las armas en la mano, los de Santiago trabajaban igualmente en preparar los espíritus a aquel movimiento social; porque allí también la fuerza de las cosas había emancipado algunas cabezas, y desarraigado muchas preocupaciones. Entre estos espíritus fuertes se hallaba el canónigo Fretes, de Buenos Aires, que correspondía directamente con su sobrino el general Terrara, uno de los grandes patriotas de aquella capital, y comunicaba con mucha puntualidad a O'Higgins todas las nuevas que recibía de él, favorables al cumplimiento de sus deseos.

También empezaban a figurar Agustín Eyzaguirre, Miguel Infante, Argomedo, Marín, Egaña y algunos otros patriotas, aunque, en general, fuesen bastante raros; y, sobre todo, el generoso Manuel Salas, tan benéfico y virtuoso, que no se puede pronunciar su nombre sino con el mayor respeto, y que abrazando la causa del país con el más admirable desinterés, conservó la noble ambición de servirle hasta el último momento de su larga y gloriosa carrera. Hallándose dotado de una grande capacidad, y habiendo recibido de sus padres, tan ricos como honrados, una completa educación, había ido muy joven a España, en donde aún estaba cuando los anglo-americanos asombraban a toda la Europa con la audacia y el éxito de sus ideas reformadoras. Allí habían también algunos americano-españoles, que muy luego se hicieron sus amigos y compañeros inseparables, y todos juntos se regocijaban al ver los progresos y las victorias de los americanos del Norte, previendo, sin grandes esfuerzos de imaginación, la influencia que aquella revolución iba a tener necesariamente en las cosas de su propio país.

Con este pensamiento, se apresuró a regresar a Chile, impaciente por esparcer allí las ricas semillas de libertad, tan desconocidas y tan seductoras, y poner en práctica los conocimientos útiles que su ardiente patriotismo le había hecho adquirir en sus viajes. Pero es preciso advertir que la Providencia no lo había hecho para ser caudillo de un partido, ni menos un político refinado, y sí un genio benéfico de la civilización, propagador de sus luces y consuelo de la humanidad, remediando sus miserias, fomentando hospitales y hospiti-

cios, y aun también creando escuelas y colegios científicos en donde se profesaban matemáticas, y otras ciencias y artes liberales, descuidadas hasta entonces en aquellos modestos establecimientos de enseñanza pública.

Pero lo que llevaba más su atención era la aplicación de las artes y de la industria a las producciones de la tierra y de la agricultura; porque, como sabio economista, conocía que estos ramos sin salida, y sólo propios al consumo local, no tenían verdaderamente influencia alguna civilizadora, y que para dotarlas de esta poderosa ventaja se necesitaba añadirles el poder del entendimiento aclarado, que sabe como se descomponen dichas producciones, modificándolas y transformándolas según las necesidades de la sociedad. También quería extender el comercio más allá de Lima, solo punto que las vejantes leyes de la madre patria le habían concedido, sobre cuya materia, así como también sobre otras muchas, ha dejado memorias que serán por muchos años objeto de admiración para todo buen patriota. Pero es preciso confesarlo y repetir que este inmortal chileno no era hombre de acción ni de partido. Su educación, enteramente interior y privada, le había hecho demasiado tímido, le había apocado el ánimo dejándolo poco apto a despreciar riesgos, o a acaudillar un movimiento que exigiese denuedo. Su carácter, en este particular, era muy distinto del de Rosas y del de O'Higgins, vivos emblemas de la política peligrosa que se preparaban a proclamar, formando ya una filiación, y mostrándose llenos de entusiasmo, de decisión y de convencimiento para llevar a buen fin, y contra viento y marea, si fuese necesario, los pensamientos liberales que los dominaban.

Es verdad que por la reunión de estos tres ilustres patriotas la regeneración social del país adquiriría triple influencia, fundada en los mejores y más seguros elementos de civilización: Rosas representaba la política y la organización administrativa; O'Higgins era el hombre de acción, verdadero defensor de los derechos nacionales; y Salas, el gran propagador de ideas liberales, demostrando con ciencia y constancia las preciosas ventajas que se conseguían esparciendo y cultivando el amor a las ciencias, a las artes y a la industria, en todas las clases de la sociedad<sup>2</sup>.

<sup>2</sup>Su patriotismo era tal que en un memorial presentado, en 1796, al ministro Gardoqui, le pedía

Al norte de Chile, las ideas de libertad y de reforma eran totalmente nulas. La grande conmoción eléctrica que, partiendo de Concepción, había alterado sensiblemente la fidelidad de algunas personas de Santiago, se había, en cierto modo, neutralizado con las preocupaciones aún tenaces de los habitantes de Coquimbo, que tenían un apego sincero a la monarquía. Este apego, en algunas circunstancias, lo llevaron algunos empleados a extremos frenéticos; así es que al advenimiento de Fernando VII a la corona de España, Coquimbo recibió su retrato con una pompa que casi degeneró en culto. Construyeron un carro triunfal para ir a buscarlo al puerto, y, después de haberlo desembarcado con salvas de artillería, lo colocaron en una especie de anfiteatro para llevarlo en triunfo a la ciudad, tirado por catorce soldados, y acompañado de los habitantes de distinción con tambores y música a la cabeza. Tras de los habitantes, iban dos hileras de doncellitas cantando himnos a aquel nuevo Dios, al que otras mujeres, que le rodeaban, incensaban con el incienso de la iglesia. Las autoridades cerraban la marcha, presididas por el sargento mayor D. M. Uriondo, autor y maestro de ceremonias de aquella notable ovación. En La Serena, la procesión entró por medio de un gentío a cuyo júbilo se mezclaba cierto recogimiento religioso que recordaba los tiempos antiguos de idolatría, pues en algunas calles se vieron individuos tan doblegados a la servidumbre que se arrodillaban, y sin duda alguna, adoraban el retrato<sup>3</sup>. A su tiempo veremos cómo la primera Junta se vio en la necesidad de emplear fuerza y autoridad para darse a reconocer, por donde se ve cuán poco dispuestos estaban a admitir un cambio de gobierno; es verdad que aquella ridícula obstinación no fue de

personas hábiles para fomentar la industria del país, diciéndole: "Mientras se envían estos sujetos, puede empezarse aquí a hacer algún ensayo; estoy, por ejemplo, tan seguro del buen éxito que tendrá la cultura del lino, y el envío de esta materia a España, que no dudo hacer el sacrificio, a la común felicidad, de los primeros gastos, que serán los únicamente, deberán perderse, y, para esto, franqueo lo que puedo, esto es, la gratificación de 700 p., que se me acaban de asignar para la intendencia de obras públicas, el salario de síndico del consulado, las tierras que se quieran emplear en estas siembras, con los utensilios, bueyes, y oficinas necesarias en las inmediaciones de esta ciudad, para que, expuestas a vista de todos, las experiencias exciten a su imitación."

<sup>3</sup>Informe del sargento mayor D. M. Uriondo.

larga duración, y que se rindió muy luego a la evidente claridad de sus derechos, que vieron los habitantes, así como también de la baja de su existencia anterior. Conformes, desde entonces, con las nuevas ideas de aquella época, no sólo las propagaron, sino que también las defendieron con no menor tesón que sus valientes denodados compatriotas.

\* \* \*

Posibilidad de retardar la revolución. El doctor Campos y la Real Audiencia. Proclama de la Infanta Carlota Joaquina de Borbón. Progresos de la revolución. Cómo los patriotas de Buenos Aires le dieron fomento. Muchos miembros del Ayuntamiento la adoptan y la sirven. Orden de Carrasco para aumentar el número de diputados al Cabildo con doce regidores, orden anulada pocos días después. Proyectos de los realistas para contener la insurrección. Consejos de Cisneros a Carrasco y medidas violentas adoptadas por este último contra los extranjeros. Destitución del asesor Valdés y reclamación de la Real Audiencia sobre este particular. Campos es nombrado asesor y José Santiago Rodríguez vicario capitular.

Este era el estado de cosas en el país cuando Carrasco fue ascendido a su gobierno, y por un muy particular capricho de su malhadada suerte se había acompañado, como ya lo hemos dicho, para su consejo privado, de un hombre lleno de prestigio, gran promotor de ideas de reforma, y que por sí solo era una verdadera personificación de ellas. Bien que algunas personas le hubiesen advertido de ello, y que otras le hubiesen asegurado seguía una correspondencia activa con Buenos Aires, que se hallaba ya entonces en plena revolución, todo esto fue inútil, porque Rosas le había ganado su afecto, su estimación y confianza, en términos que se burló de aquellas insinuaciones y pudo preparar, sin dificultades mayores, sus grandes proyectos de reformas, por los cuales hizo entrar algunas personas de la capital, que tenían bastante influjo para favorecer sus designios, y asegurar sus resultados.

No obstante, la revolución hubiera podido quedar parada aún por algún tiempo, si el país hubiese sido gobernado por un militar de carácter diferente del que tenía

Carrasco, pues le faltaba mucho para estar enteramente organizada; pocos sabían cuáles eran sus fines, y el mismo Rosas no tenía todavía un plan bien trazado para poder apoyarla en un centro de operaciones que le diesen un buen impulso<sup>4</sup>. Un hombre activo, determinado, dotado de una voluntad firme e imperiosa, la hubiera aceptado con serenidad y con tino, hasta que, dominándola, hubiese podido darle una dirección en un sentido que fuese conveniente a los intereses de la monarquía. Era este, a la verdad, un papel muy difícil de desempeñar, es preciso confesarlo, pero no imposible, en atención a la situación del país. El gobierno podía contar con el mantenimiento del buen orden por la parte del sur, pues tenía allí bastantes tropas para proteger la frontera; el norte gozaba de la mayor tranquilidad, sin que se hubiesen manifestado por allí síntomas algunos alarmantes; en el centro, es decir en Valparaíso y en la capital, habían algunas compañías de veteranos, muchos empleados, interesados en la causa del rey, y muchos españoles, que lo estaban menos, y que se hallaban naturalmente coligados por un sentimiento común de desconfianza; en fin, la mayor parte de los chilenos que ocupaban altos puestos eran contrarios a todo espíritu de reforma, como también lo era la clase media, sometida enteramente al clero, y generalmente afecta a la monarquía. Además, las nuevas ideas que empezaban a propagarse eran diversas, en su espíritu, y no podían influir de un modo uniforme en los ánimos que las adoptaban; circunstancias que, necesariamente, daban lugar a opiniones contrarias y a desavenencias más o menos enconadas. Un gobernador hábil hubiera podido por todas estas razones, sugerir una transacción entre los dos partidos y constituirse vínculo para unirlos entre sí; pero el hado feliz de aquel noble país no quiso diferir la realización de la suerte que le preparaba, y, en la plenitud de su poderío, llenó de confusión la cabeza de aquel gobernador, y le hizo cometer yerros lo más chocantes y los más impolíticos.

Para esto, un personaje, hombre de mérito, don Juan José Campos, sobrevino para cooperar, en extraña manera, a su malhadada suerte. A las calidades de rector de la Universidad y de sujeto de mucha distinción, reunía Campos mucho saber, y una ambición desmesurada, turbulenta, capaz

<sup>4</sup> Conversación con el canónigo Francisco Meneses.

de hacerle caer en injusticia por satisfacerla. La amistad que le tenía Rosas, y la no menos afectuosa que le profesaba Carrasco, le llenaban de confianza y de temeridad, y se atrevió a pedir le fuese prorrogada la dirección de la Universidad que tenía que ceder a otro miembro de ella, al concluir sus dos años. Los estatutos, aprobados por el rey, prohibían del modo el más terminante semejante abuso, y no concedían, a lo sumo, más que un año de prórroga, en casos extraordinarios; pero no obstante esta prohibición el presidente no tuvo el menor escrúpulo en violar dichos estatutos, y, motu proprio, prorrogó su nombramiento por cuatro años, es decir, dos años más de los que se hubieran debido conceder a un nuevo rector. Este acto, tan arbitrario como imprudente, hirió el amor propio de todos los miembros de aquel claustro, los cuales protestaron de un modo tan ruidoso, que hubo que enviar tropas para reprimir el desorden, al cual ya el pueblo empezaba a tomar parte, y todos aquellos doctores de la Universidad chilena fueron expulsados por la fuerza armada, sin embargo, lejos de desanimarse, enviaron al doctor don I. G. Tocornal al presidente para que obtuviese de su justicia la revocación de un decreto tan contrario a lo que prescribían los estatutos, y aquel magistrado oyó con favor su solicitud, presentada en términos muy respetuosos, y despojó a Campos del título que había obtenido injustamente<sup>5</sup>.

Este conflicto, de poca importancia en sí mismo, tenía una muy grande en circunstancias en que los espíritus empezaban a exaltarse, y no sólo descontentó a los miembros de una corporación la más ilustre y la más considerada, como lo era la Universidad, sino que también favoreció los planes de los conjurados, que estaban siempre a la mira para aprovecharse de los menores pretextos de criticar los actos de las autoridades, y acabó de arruinar la del presidente, ya bastante poco afianzada. Hubo, además, en dicho conflicto la fatalidad de que sucedió casi al mismo tiempo que llegaron los pliegos de la infanta de España doña Carlota Joaquina de Borbón, princesa del Brasil, en la fragata inglesa Higginson. Entre estos pliegos, se hallaban muchas proclamas del embajador de España en Río de Janeiro, y una de la misma infanta, que protestaba altamente en ella contra la inícuca usurpación del emperador de los Franceses, y con-

tra la abdicación forzada de su padre y otros parientes suyos; aconsejando con ahínco la conservación del buen orden y la tranquilidad del país, en donde pedía ser reconocida como señora de todas las Américas, a fin de conservarlas integralmente para su amado padre.

Carrasco se apresuró a comunicar a todo su gobierno dicha proclama, considerándola muy propia a tranquilizar los ánimos sobre la suerte de la madre patria; pero, en lugar de eso, produjo un efecto enteramente contrario. Lejos de creer en la sinceridad de los sentimientos que manifestaba la princesa, todo el mundo pensó que sus verdaderas intenciones eran el apropiarse aquellos dominios, tal vez, con perjuicio de sus augustos padres; y en despecho de la Junta Central, de cuyo poder se desentendía, bien que reconocido por toda las autoridades chilenas. Los patriotas, con esta persuasión, esparcieron la voz de que Carrasco tramaba complot, de concierto con algunos realistas que iban todas las noches a su tertulia, y para dar más fuerza a esta insinuación se sirvieron del arma del ridículo, dando a estos realistas el apodo de *Carlotos*, título que no justificaron haber merecido; pero sabido es que en grandes conmociones políticas se emplean todos los medios imaginables de éxito, y era ya mucha fortuna que aquel fuese tan moderado y tan inocente.

Es cierto, a la verdad, que ya la revolución empezaba a tomar en Santiago un carácter desenvuelto y aun también audaz. Después de haberse mostrado tímida, disimulada e irresoluta, por falta de suficiente apoyo, parecía, entonces, querer salir de los pañales, y manifestar su virilidad y su denuedo. Sin embargo, aún no había plan bien concertado, y los conjurados no habían reconocido jefe alguno; pero se notaba bastante a las claras que la fermentación crecía y se propagaba cada día más, comunicándose ya a hombres de capacidad y de influjo. Ya los motores no tenían reparo en hablar públicamente de las cosas de España, considerándolas como perdidas sin recurso, y del disgusto que ocasionaban los actos del gobierno o de Carrasco, cuyo carácter criticaban, hasta en las cosas más privadas e interiores de familia, tachándole de tener inclinaciones ridículas, tales como las peleas de gallos a que era muy aficionado. El talento satírico y mordaz de Manuel Salas y de Bernardo de Vera, discípulo y amigo de Ramón Martínez de Rosas, daba a todas estas relaciones un chiste y una sal

<sup>5</sup>Archivos de la Universidad.

que seducían a todos sus auditores, ridiculizando sobremedida la conducta de Carrasco y de sus satélites. Los golpes que daban aquellos ilustres chilenos al presidente y a su gobierno eran inevitables, y se hacían mortales, con ayuda de los pasquines que amanecían en las principales calles de la ciudad, y la mayor de las cuales llegaban a Buenos Aires por el conducto de Alvarez y, principalmente, del canónigo Fretes, último anillo de la cadena revolucionaria de la Plata, para atar y atraer a este pueblo a su santa causa.

En efecto, en aquella hermosa capital, considerada entonces como la Atenas del Nuevo Mundo, fue en donde se había organizado con deliberado tesón el movimiento que tendía a los grandes fines sociales. Algunos bizarros patriotas habían formado allí un club cuyas ideas fraternizaban con las de muchos miembros del ayuntamiento. Las deliberaciones de aquella reunión patriótica respiraban firmeza y convencimiento, y no podían tardar en mostrarse a las claras en actos manifiestos, tales como proclamas incendiarias que se esparcían por todo el territorio de aquella vasta comarca, y pasaban, muchas veces, por encima de las gigantescas cordilleras para llevar ánimo y esperanza a los iniciados de Santiago, y, al mismo tiempo, a los de Concepción. Algunas veces, aquellos patriotas no se contentaban con escritos y despachaban agentes de tino y de actividad, con el encargo de avivar el espíritu de insurrección, y atraer a ella los que, por demasiado irresolutos, se mantenían arredrados.

Entre estos agentes, don Manuel Barañao, desgraciadamente tan célebre, después, en el partido realista, se encargó de ir a tratar de la época en que Chile había de levantar su estandarte, y marchó a Santiago con este objeto. Al cabo de algunas semanas de mansión en esta capital, en donde tuvo frecuentes conferencias con sus compatriotas, pasó a los Angeles, desde donde fue a verse con O'Higgins, que se hallaba, a la sazón, en su hacienda de las Canteras<sup>6</sup>, y al cual presentó las credenciales que llevaba del general Florencio Terrada para iniciarlo en todos los detalles de la conjuración de Buenos Aires; añadiendo que los conjurados, de unánime acuerdo, no esperaban más que la primera señal de Chile para seguir desde luego su ejemplo. Pero, desafortunadamente, el país no se hallaba aún en disposición de tomar iniciativa alguna.

A pesar de la grande actividad con que los patriotas procuraban esparcir sus ideas a fin de ponerlas en ejecución, aún no habían podido hallar una persona que gozase de bastante poder popular, y el número de los verdaderos conjurados de convencimiento, capaces de sostener con las armas una causa tan extraña y tan contraria a las preocupaciones de los habitantes del país, no era suficiente para hacer frente a todos los elementos de destrucción que poseía el gobierno. Las luces de la razón y de la justicia no habían disipado aún enteramente las tinieblas en que los tenía envueltos, y los más de los afiliados estaban indecisos y sobrecogidos de una pueril timidez, que sólo el tiempo y la experiencia podían quitarles. Por otra parte, tenían que temer a los ejércitos de Mendoza y de Córdoba, cuya adhesión al partido real era conocida y Santiago se hallaba dominado por la impresión que le había causado un bando que el presidente acababa de publicar con gran ruido de cajas, y a instigación de José Manuel de Goyeneche, enviado por Cisneros y por el fiscal Sánchez, sobre la derrota y el arresto de la junta revolucionaria del Alto Perú y de su presidente don Pedro Murillo<sup>7</sup>.

Tales fueron las causas que sobrevinieron y apagaron el ardor de O'Higgins, forzándolo a someterse a los consejos de la prudencia en aquel crítico momento en que se trataba de la suerte futura e irrevocable de la patria. Rosas mismo, que no era menos resuelto y decidido, fue de este parecer, y ambos, en su correspondencia, convinieron en que era forzoso seguir los consejos del general Miranda, que era el aguardar una ocasión propicia para legitimar, si era posible, un levantamiento de tanta trascendencia. Mientras tanto, continuaron su trama, sembrando la discordia hasta entre los empleados mismos del gobierno, y reclutando partidarios, como siempre, en la clase de distinción. A ejemplo de Buenos Aires, a cuya revolución había dado mucho realce la adhesión de los miembros del Ayuntamiento, Rosas intentó atraerse la de los cabildantes de Santiago, cuya inllujo no podía menos de obrar directa e inmediatamente en los habitantes, haciéndolos favorables a la causa general. Ya se sabe que aquel cabildo era una corporación paternal, que había gozado siempre de una confianza sin límites, por parte de sus administrados, y se trataba de aumentar aún más, si era

<sup>6</sup>Conversaciones con O'Higgins.

<sup>7</sup>Archivos del Gobierno.

posible, dicha confianza, con detrimento de la que inspiraba el gobierno.

Entre los miembros del Cabildo habían algunos españoles, como de razón, que eran conservadores, y cuyos votos, contrarios a las nuevas decisiones que se proponía en él, desconcertaban los proyectos de sus sospechosos colegas. Para obtener la mayoría, en despecho de estos votos, Rosas demostró a Carrasco cuán útil sería el aumentar los regidores en circunstancias tan críticas, y, a pesar de la oposición del fiscal, consiguió que se nombrasen otros doce, escogidos, casi todos entre sus partidarios, de suerte que, desde aquel instante, aquel cabildo fue como un reflejo del de Buenos Aires, con el cual llevaban ya una correspondencia tirada y secreta. Sus reuniones eran mucho más frecuentes, se verificaban indistintamente de noche o de día y duraban eternidades. Los partidarios del Rey combatían con ánimo y tesón los designios hostiles de los nuevos nombrados, y protestaban en medio de un verdadero tumulto, hasta que, ya apurados, mostraron tal obstinación, que las sesiones semejaban a tempestades y que Carrasco se vio obligado a anular la impolítica orden que había dado.

A pesar de este buen éxito, los realistas no podían disimularse que la revolución avanzada a pasos apresurados, y que no tardaría en envolver en sus redes enmarañadas a todos los que, hasta entonces, se habían mantenido fieles a las máximas y doctrinas de sus antepasados. Afligidos de estos justos temores, y probablemente, también, de su propio desaliento, empezaron a tener conferencias para tratar de los medios más eficaces de hacer frente a aquel inminente peligro. Estos medios no podían menos de ser violentos y decisivos, tales como la fuerza contra la impotencia, argumentos materiales contra argumentos morales, arbitrariedades e injusticia contra derecho y razón. Lo que querían era dar armas a todos los españoles y a todos los partidarios de su causa, nombrar un consejo de vigilancia y fortificar el cerro de Santa Lucía, estableciendo en él una batería que, dominando la ciudad, mantuviese en respeto a sus habitantes.

Desgraciadamente para ellos, el solo hombre en posición de dar ejecución a este proyecto era completamente nulo, impotente, sin energía ni actividad, y veía con apática indolencia los consejos que aquellos conservadores le daban continuamente; en vista de lo cual acudieron, con sigilo, al virrey

de Buenos Aires, manifestándole la conducta ridícula de Carrasco, y su incapacidad para calmar la agitación progresiva del partido liberal. Pero la posición de Cisneros no era tampoco de las mejores; también él experimentaba los efectos de una agitación análoga que le daba grandes temores por la tranquilidad del país, y le tenía consternado. Las cosas de España lo llenaban de zozobra, no veía salvación más que en el éxito de sus ejércitos, y entre el temor y la esperanza, hacía cuanto podía para prolongar por algunos meses más la agonía del poder español, que estaba ya a los últimos, acosado por tantas causas de disolución que lo roían.

No obstante, escribió incontinenti a Carrasco, empeñándole a que obrase con más energía con respecto a aquellos novadores, sirviéndose de un medio que él mismo había empleado para conservar la tranquilidad, a saber, de nombrar una junta de vigilancia pública compuesta de las personas más influyentes, y, sobre todo, más afectas a la monarquía.

Un poco antes que recibiese esta carta, Carrasco había recibido de la junta central de Cádiz pliegos en que se le prescribía el más inflexible rigor contra todos cuantos trabajasen en romper la unidad del poder español, y aun también que desterrase a los que, por su influjo o por sus acciones, pudiesen cooperar al triunfo de ideas contrarias a los intereses de la monarquía. En aquellos mismos pliegos, se le daban esperanzas de obtener en propiedad el alto puesto que sólo llenaba interinamente.

Por ligera que fuese esta promesa, colmó, no obstante, de satisfacción al ambicioso gobernador, le tendió su fibra muelle y floja, y le llenó de un entusiasmo capaz de cambiar enteramente su moral. Si hasta entonces su política se había reducido a temporizar y a mostrarse débil, se proponía, en lo sucesivo, seguir los consejos de la junta, que se anunciaba como protectora suya, y obrar con rigor contra todo novador; como si fuese posible que un carácter naturalmente flojo se hiciese súbitamente sereno, firme y justo, sin cometer yerros fatales, en la violencia de arrebatos ficticios.

Así sucedió. Carrasco empezó su propósito de la enmienda expulsando del país a algunos extranjeros, comerciantes u obreros; mandó se retirasen al interior del territorio a muchos que ejercían profesiones útiles en el litoral y exigió que los pocos

franceses que habían jurasen obediencia al rey y odio eterno a Napoleón y a sus emisarios, que en los pliegos, arriba dichos, se anunciaba debían llegar, si no habían llegado ya. Para corroborar estos actos tan hostiles, se rodeó de personas de confianza, y nombró de asesor público al hombre fatal, que fue Campos, el mismo autor de los desórdenes de la Universidad de que hemos hablado.

Don Pedro Díaz Valdés, que llenaba aquel puesto, bien que fuese un sujeto de distinción, de mucha probidad, y perteneciese a una numerosa familia de grandes influjos, tenía pocos medios, si le hemos de juzgar por documentos escritos por él, y que tenemos a la vista; pero en fin, tenía nombramiento real, y, por consiguiente, en aquella circunstancia, siendo víctima de una pura arbitrariedad, recurrió a la Real Audiencia para obtener justicia. Aquel supremo tribunal, tal vez movido por un espíritu de pasión vivo, en aquel asunto, una ocasión oportuna para vengarse del que se había completamente burlado de él, y convencido, por otra parte, de la justicia de la demanda, envió una exortación al presidente, haciéndole ver claramente la ilegalidad del acto de haber depuesto al asesor con nombramiento real, y su incompetencia para nombrar a otro en su lugar. Ya poco satisfecho de los procedimientos de la Real Audiencia, Carrasco le respondió con altanería, y resultó una correspondencia llena de acritud y de piques, y aun, algunas veces, trivial, circunstancia que sólo sirvió a enconar a las dos primeras autoridades una contra otra, sin efecto alguno para la causa, la cual fue remitida a España y sometida al Real Consejo.

Muy pronto se presentó otro motivo de discordia para Carrasco, cual fue el nombramiento de un vicario capitular, puesto vacante, hacía algún tiempo en la Catedral de Santiago, y postulado por dos personas de mérito y de virtud. En este asunto, los miembros del cabildo eclesiástico se mostraron, a pesar de los preceptos del Evangelio, poco conciliantes, y apoyaron con igual ahínco al sujeto que les convenía; de suerte que sus reuniones, al principio decorosas, se hicieron poco a poco turbulentas, en términos que el presidente se vio obligado a mediar con su autoridad para poner término a tan ridículos debates; pero, por otro lado, influía en el nombramiento, cuyo resultado, por el hecho, no podía ser dudoso, y el partido contrario no se lo

perdonó, bien que hubiese recaído en don José Santiago Rodríguez, eclesiástico que por su vida ejemplar, su virtud y su mérito, tenía el mayor derecho a él. En la edad juvenil, regularmente frívola e insustancial, este eclesiástico poseía ya conocimientos sólidos sobre los dogmas de nuestra santa iglesia, y sobre todas las materias concernientes al derecho común y canónico, y, por lo tanto, se había hecho el hombre indispensable para el obispo Alday, el cual le tenía muchísimo afecto, y le daba siempre los cariñosos nombres de discípulo y de hijo suyo. Por la misma razón, el reverendo obispo le hizo su familiar, lo llevó en su compañía al concilio provincial de Lima, le nombró su mayordomo y limosnero, y, finalmente, su secretario de Cámara, empleo que llenó a la completa satisfacción de su ilustrísima, bien que se hallase casi solo para despachar los negocios atrasados o contenciosos del obispado. Sobrino y Marán, sucesores de Alday, mostraron el mismo empeño en cultivar el apego de aquel sabio y laborioso sacerdote, que, más de una vez, tuvo que argüir con los más profundos jurisperitos de la Real Audiencia, convenciéndolos por la fuerza de sus argumentos, y aun también humillándolos cuando quisieron oponerle su orgullosa autoridad, en lugar de buenos raciocinios. Pero no obstante todas estas bellas prendas, los lectores le verán, a su tiempo, acosado de persecuciones que le acarreó su fidelidad, sincera y desinteresada, a la infeliz y desamparada monarquía española<sup>8</sup>.

\* \* \*

Las ideas revolucionarias se comunican al ayuntamiento mismo.—Nombramiento de nuevos cabildantes muy favorables a dichas ideas.—Carrasco nombra a Campos presidente del Cabildo.—Sumo descontento que este nombramiento causó a los miembros de aquella corporación, que desampararon a Carrasco.—Instalación de una junta de vigilancia.—Rogativas en todo el país por el éxito de los ejércitos de España y contra las ideas subversivas de los revolucionarios de Chile.—Arresto de Fr. Rosaura Acuña y del coronel don Pedro Ramón Arriagada.—Arresto de Ovalle, Rosas y Vera.—Ruido que ocasiona.—Argomedo nombrado procurador de la ciudad.—Instalación de una junta en Buenos Aires.

Mientras que Carrasco procuraba sofocar la revolución, tomando, por sistema más bien que por carácter, medidas de rigor sin discernimiento, los principales mo-

<sup>8</sup>Noticia sacada de una biografía de este sabio prelado, escrita de la pluma del ilustre Arzobispo de Santiago, don Rafael Valdivieso.

tores trabajaban aún con más celo y actividad en sacar partido de sus pueriles violencias, aprovechándose diestramente de ellas; para lo cual tenían sus miras en el Cabildo, cuyas reuniones podían llegar a ser un centro de acción susceptible de oponer contrapeso, aun legalmente, a los actos del gobierno y de llevar adelante sus ideas de justicia y de libertad. Es verdad que en este punto, como en otros, no tenían más que seguir el buen ejemplo de Buenos Aires, que se hallaba revestido de un poder suficiente para resistir al del virrey Cisneros, sirviéndose de la mayoría de los habitantes, de cuya adhesión estaba cierto y seguro. Mas, siendo compuesto el Cabildo de Santiago por personas que, por la mayor parte, eran afectas al orden de cosas monárquico, era necesario, ante todas las cosas, reformarlos, y, para esto, se presentó muy pronto una ocasión en tres vacantes de regidores a las cuales se había de proveer. Informados de esta particularidad y del intento de los patriotas, los realistas quisieron anticiparse a sacar provecho de ella; pero eran mucho menos activos, y sus enemigos ganaron la ventaja consiguiendo que las tres vacantes fuesen ocupadas por personajes de la mayor distinción, que fueron: el conde de Quinta Alegre, el mayorazgo Cerda y don Fernando Errázuriz.

Poco tiempo después, llegó la elección de los alcaldes y procurador, y, gracias al influjo hábil de estos nuevos miembros los nombramientos recayeron en otros tres liberales, también sujetos de mucha distinción, animados de los mismos sentimientos y no menos influyentes por su mérito y por su posición social, que fueron: el director don Francisco Pérez García, abogado de mucho crédito y de grande habilidad; por alcalde, don Agustín Eyzaguirre, que contaba en su partido con su noble y numerosa familia; y por procurador, don Juan Antonio Ovalle, sujeto de no mucha entereza, y antiguo amigo y consejero de Carrasco, pero que muy luego pasó al partido de los liberales y fue uno de sus más firmes apoyos.

Con semejante formación, el Cabildo no podía menos de tomar una grande preponderancia en los asuntos políticos del país, asegurándose de la opinión pública, no sólo por el mérito personal de sus miembros, sino también por sus numerosas y opulentas familias. La posición realista, constantemente alerta, buscaba elementos de resistencia alrededor de sí; pero no hallaba

ninguno que no fuese débil e impotente. Orgullosa con sus memorias de tres siglos, se había figurado, por un momento, poder combatir los nuevos principios sociales; pero hizo inútiles esfuerzos para conseguirlo, y le fue necesario atacarlos por medios sordos y falaces, intrigando igualmente al partido realista y al liberal y soplando la discordia entre los miembros del Ayuntamiento. En sus deliberaciones, los patriotas ya no reparaban en decir en alta voz su parecer sobre las cosas de España y hablaban con desmesurada libertad de su pérdida inevitable, y de la necesidad en que estaban de seguir el ejemplo dado por sus provincias, instalando una junta gobernadora capaz de parar el golpe de rechazo que les amenazaba. En este punto, sus discusiones eran, más que animadas, tumultuosas, motivo por el cual resolvieron reunirse en un pequeño club a fin de preparar en él con tranquilidad y sigilo el potente móvil que debía romper finalmente su cadena. Estas reuniones tenían lugar, muchas veces, fuera de la ciudad, y, muy a menudo, a horas desusadas de la noche, tan pronto en la quinta del conde de Quinta Alegre, tan luego en casa de Eyzaguirre, o en la de Larraín. También recibían a personas que no eran del Ayuntamiento, y Frentes, Alvarez Jontes, Hipólito Villegas y otros, dejaban rara vez de asistir a dichas reuniones.

Carrasco, cuya vigilancia se había hecho más minuciosa y molesta, sabía muy bien lo que se trataba en ellas, y se quejó al Cabildo. Los miembros de aquella corporación paternal, que eran de su partido, suscitaron sobre el particular una larga y reñida discusión; pero, ¿qué podía una minoridad de ideas ya muy pasadas contra una coalición llena de convencimiento y de virilidad y que aspiraba a gozar de una nueva vida social? Nada, en efecto, más que reconocerse impotente, y someterse con resignación al prestigio que reinaba y que era una necesidad imperiosa de las circunstancias. No obstante, aquella minoridad aun quiso hacer un esfuerzo, protestando abiertamente y pidió al gobernador pusiese a la cabeza del Cabildo, para presidirlo, un hombre de talento y firmeza, y, sobre todo, afecto a la monarquía española. Carrasco adoptó sin dificultad este nuevo proyecto, y, por la misma fatalidad inseparable de su flaqueza, nombró al mismo Campos, que le había ocasionado tantas desazones con la Universidad, acarreado la enemistad de

la Real Audiencia, y que iba, en aquella ocasión, a quitarle el único apoyo que le quedaba en todos los cuerpos políticos de su gobierno.

Claro estaba que los miembros del Cabildo, que habían solicitado de él aquella medida, verían con sumo disgusto un nombramiento que, en cierto modo, los ponía bajo la dependencia de un presidente, ya malquisto de ellos, y extraño a la corporación. Así sucedió, y se quejaron amargamente a Carrasco, arguyéndole con dificultades ilusorias, y, lo que fue peor, altaneras, y propias a producir su efecto ordinario, a saber, una negativa terca y obstinada. De allí se siguió una correspondencia agria, enconada, insultante, que concluyó haciendo odiosas a entrambas partes, y desuniéndolas de un modo deplorable para los realistas; porque desde aquel instante el presidente se quedaba aislado de toda corporación política, y reducido a sus débiles medios de resistencia contra una facción, que se reforzaba cada día más, y que anhelaba por vengar sus derechos ultrajados.

En semejante situación, ya no puede un hombre hacerse ilusiones sobre el peligro que le amenaza, y presiente de antemano su ruina por la disminución de su fuerza moral, que le abandona y le hace incapaz de pensar con juicio ni fruto. Sin embargo, no lo medió así a Carrasco, el cual hizo como el avaro, cuando, en el momento de perder su tesoro arrastra los mayores peligros para conservarlo, y quiso imposibles para defender su agonizante autoridad, bien que no tuviese más apoyo que algunos empleados y las tropas que guarnecían la capital y la frontera. Con esto contaba, sin reflexionar que en casos tales un jefe debe apoyarse en la fuerza moral y no en la material; y, recordando los consejos que le había dado Cisneros, resolvió seguirlos y convocó a la Real Audiencia para nombrar una junta de vigilancia, capaz de favorecer sus proyectos. Esta junta fue compuesta de siete miembros<sup>9</sup>, de la clase más distinguida de la sociedad, pero muchos de los cuales estaban ya imbuidos de las nuevas ideas. Al mismo tiempo escribió a los gobernadores, prescribiéndoles rigores contra los revolucionarios, y, para darles más vigor, empleó las amonestaciones de la religión, ordenando rogativas y sermones para

que Dios se dignase preservar a los fieles de las armas francesas y de las seducciones de los novadores.

El clero se apresuró a ejecutar aquella orden con su fervor acostumbrado, pidiendo a Dios con fe viva y con esperanza firme se dignase poner paz en aquellos conflictos políticos. Al mismo tiempo, tronaban los púlpitos y fulminaban anatemas contra los impíos enemigos de la religión y del rey. Por la parte del Sur, especialmente, los misioneros, que eran casi todos españoles, ejecutaron con fanático celo las órdenes de Carrasco. En Osorno, un religioso que predicaba con la mayor vehemencia contra las ideas del siglo, aseguró, con la mayor candidez, que Napoleón profanaba los más divinos misterios, dando a comulgar a sus caballos<sup>10</sup>. Otro, en Valdivia, creyéndose inspirado, profetizaba la próxima venida del Anticristo y el fin del mundo. En Chillán, en donde había un número mayor de misioneros, procuraban éstos fanatizar a sus oyentes, y, tal vez, exaltar sus pasiones, con sermones de la misma naturaleza irritante y con devociones de cada día. Durante mucho, hubo misas cantadas con su divina majestad expuesta, y seguidas de oraciones sobre *tempore belli*, etc. En fin, se hicieron novenas que se concluían con procesiones de la mayor solemnidad y siempre en favor de las armas de España y contra las ideas subversivas de los revolucionarios chilenos<sup>11</sup>.

El pueblo, penetrado de sentimientos religiosos, y atraído por la majestad imponente del templo, oía, sobrecogido, la palabra amenazadora de aquellos misioneros, convertidos en apóstoles de una política ya ajada y pasada, bien que aún tuviese raíces en el corazón de la multitud. La devoción produjo una pronta exaltación, y en cualquiera otra parte, habría, tal vez, ocasionado persecuciones religiosas o de partido; pero en aquellas pequeñas poblacio-

<sup>10</sup>Archivos del Gobierno.

<sup>11</sup>Primero, se retocó el sagrario comulgatorio para trasladar a él al Señor; se cantó una misa solemne con el mismo Señor patente, y con su respectivo sermón. Por la tarde, salió por las calles una procesión solemnísimas, llevando yo el tesoro del cielo y de la tierra, y el palio, seis sacerdotes revestidos con los ornamentos más vistosos de albas y casullas que se hallaron. Se vistieron de ángeles tres niños para decir en honra del sacramento tres loas; a todo lo cual acompañó la música de una arpa encordada, para realzar su armonía, con cuerdas de clave, y canto de una letra relativa al sacramento, etc.". *Informes del reverendísimo comisario general, Fr. Pablo de Mayo, en el colegio de Chillán.*

<sup>9</sup>Los SS. marqués de la Plata, Irigoyen, Olaguer, Ugarte, Prado, Bravo del Rivero y Jerónimo Pizana.

nes, tan inocentes y pacíficas, sólo crearon, bien que fuese, tal vez, peor, y muy ciertamente más bajo, hipócritas y espías. Todos se miraban con temor y desconfianza; ya nadie se atrevía a hablar de política por miedo de dar que pensar, pues hasta el pensamiento más secreto no se creía seguro en el seno de la amistad; por donde se ve cuánto más ingenioso es el hombre para engañarse que para desengañarse.

Los primeros golpes del espionaje cayeron sobre los amigos que O'Higgins tenía en Chillán, Fr. Rosauero Acuña, prior del hospital de San Juan de Dios, y el coronel de milicias don Pedro Ramón Arriagada, sujeto muy rico y muy estimado de Mendiaburu, suegro del doctor don Juan Rosas, los cuales, en el acaloramiento de una discusión, que se había manifestado muy pacífica en el principio, olvidaron los consejos de la prudencia, y se atrevieron a decir que España estaba perdida; que la junta central no podía arrogarse derecho alguno sobre el país y que éste no tardaría en ser gobernado por sus propios hijos. Habiendo llegado esta discusión a oídos de Alava, intendente de la provincia de Concepción, hombre tan débil como de limitado entendimiento, éste dio aviso inmediatamente del caso a Carrasco, el cual mandó al comandante de la frontera, don Pedro Benavente, fuese, incontinenti, con veinticinco dragones, a arrestarlos y enviarlos a Santiago, en donde, efectivamente, fueron entregados a la justicia de Irigoyen. La causa que se les formó fue muy larga, y, sobre todo, muy costosa para Arriagada; pero Irigoyen procuró que su situación fuese soportable, en cuanto era posible, pues ya presentía, con su tino y perspicacia bien conocidos, que no tardaría en haber una reacción, y, por otra parte, Rosas vigilaba con todo su influjo y poder aquellas dos primeras víctimas de la revolución chilena.

Otro acto de severidad, mucho más grave, y que influyó muchísimo en los progresos de la revolución, y en la ruina de Carrasco, fue el arresto de otras tres personas de distinción: J. A. Ovalle, don Bernardo Vera y don José Antonio Reyes, el primero de los cuales se hallaba en los baños de Cauquenes con algunos parientes y amigos. En aquella época de borrascas políticas, todos respiraban un ambiente de presentimientos y temores, y, naturalmente, caía la conversación sobre tan importante materia y sobre las consecuencias que se habían de experimentar muy pronto. En

aquella reunión, todos hablaban con un desahogo que dejaba creer que los pareceres y opiniones eran unánimes, y sus discusiones se hacían acaloradas, atrevidas y tanto más frecuentes, cuanto no podían tener otra distracción en medio de las cordilleras. El punto sobre el que se hallaban casi todos de acuerdo era que España no podría resistir a un enemigo tan hábil y tan poderoso como lo era Napoleón; pero tan pronto como se trataba de sacar partido de la ruina de la Madre Patria en provecho de la libertad chilena, las opiniones se manifestaban opuestas y obstinadas. Unos, encogidos y temerosos de perder lo que tenían, temblaban al pensar en las consecuencias del rechazo de una invasión; otros, que resistían aún a toda idea de reforma social, condenaban con rigor los principios turbulentos de las facciones, cuyo fin principal, según ellos creían, era virtud de la cual el espíritu humano hace progresos reales y verdaderos, constantes y universales. La fuerza que quiere oponerse a estos progresos, lejos de detenerlos, les da impulso; pero, desgraciadamente, los medios violentos y extremados, al producir este resultado, irritan la llaga de que gime la sociedad, y esto fue precisamente lo que le sucedió al partido realista, cuando se supo el arresto de aquellos tres honrados patriotas. Sumamente irritado de aquel acto de rigor, el pueblo de Santiago se puso en un estado de efervescencia en que no se le había visto nunca, y corrió en tumulto al ayuntamiento a pedirle su intercepción para que fuese revocada aquella irritante e injusta orden. Pero aún no había llegado el caso de obrar de un modo decisivo; la prudencia aconsejaba el que no se intentase nada a la ventura y que se aguardase el momento en que la revolución llegase por sus pasos contados a sus fines. Este era, en efecto, el mejor medio de que no se derramase sangre, que podría no producir más que sentimiento tardío y lágrimas, como sucede tan a menudo en combates políticos.

La ausencia de Ovalle dejaba un vacío en el ayuntamiento que causaba a la administración cierto embarazo, al cual Carrasco quiso remediar pasando un oficio a sus miembros para rogarles se sirviesen elegir una persona de celo y probidad que llenase el puesto de procurador de la ciudad. Así se hizo y la elección recayó en don Gregorio Argomedo, con mucho descontento del gobernador, y de todos los rea-

listas, que veían en dicho nombramiento una venganza de los liberales, y un formidable enemigo más; porque Argomedo era uno de los chilenos patriotas más fanáticos y exaltados. Era un hombre arrojado y de mucho talento, un verdadero tribuno capaz de vengar a la patria de la afrenta que acababa de recibir con el atropellamiento de sus tres defensores. Honrado, siendo aún muy joven, con un puesto en el ayuntamiento; dotado de una grande elocuencia, que su aire grave y elevado y su voz sonora y flexible realizaban, mostró, desde un principio, mucha decisión en llenar su papel, que se anunciaba esencialmente popular. Pero penetrado de sus deberes, y queriendo dar a todas sus acciones un carácter uniforme de justicia, voluntad y firmeza, creyó conveniente el aguardar por una ocasión favorable para interpelar al presidente sobre las causas del hecho que había conmovido los espíritus.

Mientras el poder real hacía inútiles esfuerzos en Chile para desasirse de otra potencia invisible, pero real y verdadera, que lo arrastraba a su pérdida, el mismo poder sucumbía, en Buenos Aires, a los tremendos golpes que le daban algunos bizarros patriotas, bastante resueltos para aprovecharse de las acciones revolucionarias de las masas para satisfacer sus propias pasiones.

Entre los que daban este parecer, se hallaba don José María Villarreal, abogado de mérito, pero cuyo carácter vengativo le impelió a la baja de hablar al presidente del hecho de aquellas reuniones, delatándole a Ovalle como autor de las proposiciones las más peligrosas contra la monarquía española. Las órdenes que había recibido Carrasco de proceder contra los llamados perturbadores del orden público eran demasiado rigurosas y terminantes para desentenderse de ellas, o, por mejor decir, para no fundar en ellas la determinación que iba a tomar contra aquel personaje, en despecho de su distinción y de su título de procurador de la ciudad; y tanto más cuanto la revolución hacía rápidos progresos. En aquel estado de cosas era de absoluta necesidad el obrar, para lo cual se presentaban dos medios, uno de conciliación, y otro de violencia, y este último fue el que le aconsejaron la mayor parte de los afiliados, opinando por el arresto del procurador, opinión que Carrasco adoptó con su acostumbrada imprudencia. Sin embargo, para dar a su resolución un semblante

de legalidad, envió al escribano de cámara, don Francisco Meneses, a Rancagua para pedir informes a Valenzuela, que también había oído las palabras sediciosas de que se trataba. Con el escribano de cámara iba el joven Centeno, con orden de pasar por los baños mismos de Cauquenes, en caso necesario.

Bien que los informes que estos dos enviados tomaron fuesen de poca importancia, el gobernador los halló muy suficientes para llevar adelante su determinación, y Ovalle fue arrestado, al mismo tiempo que algunos empleados de la policía iban a visitar los papeles de ciertos patriotas, de cuyos papeles resultó también el arresto de don José Antonio Rojas<sup>12</sup> y de don Bernardo Vera.

Este monstruoso atentado se ejecutó el 25 de mayo de 1810, por la noche, y sus inocentes víctimas no tuvieron ni el tiempo necesario para arreglar sus asuntos, pues una orden a rajatabla prescribía al sargento mayor don Juan de Dios Vial lo condujese con sus doce dragones a Valparaíso, en cuyo puerto fueron entregados, tan pronto como llegaron, a bordo de la fragata Astrea. Al cabo de algunos días, fue el oidor don Félix Basso a tomarles declaración, y, desde luego, pudieron saltar a tierra e ir a alojarse en casas de amigos que tenían allí y que se presentaron al punto para salir de fiadores de ellos.

Bien que ya lo hayamos dicho, lo volvemos a decir: la suerte de las sociedades depende, esencialmente, de una ley de necesidad, instituida por la Providencia, y en levantar el estandarte de la insurrección, y tan audaces, que quitaron toda esperanza de poder resistirles. Ya el virrey Cisneros había depositado su autoridad y el mando en una junta, reduciéndose al hombre sencillo de simple ciudadano, el día 25 de mayo, el mismo día, justamente, en que el hado de Carrasco le daba el último golpe.

<sup>12</sup>Don José Antonio Rojas no era un sujeto de mucha instrucción, pero sumamente curioso. Al tiempo de la revolución de los Estados Unidos se hallaba en España, y, en las peripecias de aquella lucha se había imbuido de ideas de libertad, que quería introducir a Chile, a pesar de las amonestaciones del presidente, que tenía órdenes de la Corte para vigilar su conducta y registrar los muchos libros, demasiado liberales, que tenía. Rojas comunicó sus ideas de libertad a muchos jóvenes, y, entre ellos, al doctor Vera, que le hacía frecuentes visitas. CASPAR MARÍN.

Un mes después, esta noticia salvaba las cumbres heladas de las cordilleras, y penetraba en Chile con pasos atentados, temerosa y desconfiada, como una descubierta que se aventuraba demasiado. El encargado de llevarlas allá fue don Gregorio Gómez, el cual, pareciendo sospechoso al resguardo de la cordillera, fue arrestado, y enviado con buena escolta a Santiago, en donde Carrasco lo mando encerrar en la caserna de San Pablo. Sin embargo, pasados algunos días, pudo ir a vivir en casa de un realista para el cual llevaba cartas de recomendación; de suerte que no obstante estuviese privado de una entera libertad, aún se pudo comunicar con algunos liberales, en el mayor secreto, declarándoles re-

servadamente que era portador de un escrito del general Belgrano para don Juan Martínez de Rosas. Aquel escrito, que se había escapado milagrosamente de manos de los del resguardo, fue inmediatamente remitido a don Juan Rosas, que se hallaba en Concepción, a fin de que sirviese, como en efecto sirvió, a preparar aquel la provincia para sostener la lucha. En cuanto a Gómez, se quedó en Santiago, instruyendo a los denodados patriotas de esta capital de los acontecimientos de Buenos Aires al tiempo de la deposición de Cisneros\*.

\* París: En casa del autor. Chile: En el Museo de Historia Natural de Santiago. Tomo V. MDCCCXLIX (1849).